

La carga y el sentimiento



Manuel Montoya Vicente

Primer concurso literario de relatos cortos
estiba portuaria

anesco

LA CARGA Y EL SENTIMIENTO

*“Bajo cielos cegadores y entre ráfagas de mar,
somos uno y somos miles, portadores de lealtad”*

Se acercó hasta la última cama-cuna, pero no estaba despierto, ni estaba de pie saltando. Con el corazón en la boca recorrió los últimos metros del pasillo, y al verle, no pudo evitar un sollozo, un grito ahogado.

- ¡Pablo, Pablo, precioso, despierta, por favor!

Pero el pequeño seguía inconsciente, con su cuerpecito girado extrañamente y manchado de vómito. Lo cogió en brazos, ya llorando abiertamente, y entonces notó con claridad aquella maldita rigidez en el cuello y las piernas. Estaba infectado por el virus. Su Pablito tenía poliomelitis.

Carmen llevaba dos años trabajando como voluntaria en la inclusa de Vera, en Almería. Cuando acabó los estudios de practicante decidió que iba a ayudar a los demás en las misiones. Pensó que un buen sitio sería nuestra Guinea, hasta que le hablaron de la situación de las casas de expósitos.

España, en 1957 era un país que iba mejorando lentamente en casi todo, pero aún había carencias en cosas básicas. Si tal situación era general en esos años, tener un pequeño fuera del matrimonio era prácticamente una condena a la miseria y al desarraigo familiar. Así, la combinación madre soltera y pobreza era un vínculo casi indisoluble, por lo que los orfanatos tenían no pocos críos a los que intentar sacar adelante.

Fue el padre de una compañera, médico rural de profesión, quien le abrió los ojos sobre la realidad de las inclusas en el país. Niños abandonados por sus madres, pocos medios, comida justa, y un precario apoyo sanitario. Se hacía lo que se podía, pero el país no daba para más. Lo tuvo claro. No necesitaba viajar a otro continente para ayudar a los necesitados. En la península misma, podía

cumplir su voluntad de servir al prójimo sin esperar nada a cambio, mas que el sustento.

Y fue a las pocas semanas de empezar su labor en Vera cuando llegó a la institución un chiquitín de pocos meses, del que sólo se sabía que había aparecido en la puerta de una iglesia con un papel que ponía “Pablo”. Desde un primer momento, Carmen se encaprichó del bebé que le devolvía las sonrisas con miradas fijas llenas de vida. Era especial.

Por eso, esa mañana era tan cruel. Ella misma había visto crecer al pequeño, y desde que pasó a la cama-cuna al cumplir los tres años, todas las mañanas, sin falta, la recibía despierto, con gritos de alegría y dando botes agarrado a la barandilla del lecho. Lo quería tanto, que a punto estuvo de intentar su adopción. Sin embargo, sabía perfectamente que sólo se les permitía a los matrimonios, por lo que tuvo que desechar la idea.

Lo tenía aún fuertemente abrazado contra su pecho, cuando la hermana Emilia le puso una mano en el hombro y tras esperar unos segundos, le dijo:

- Carmen, hija ¿También Pablo la ha pillado? Déjame ver.

Sor Emilia era enfermera, pero su casi medio siglo de atención directa a los niños le daba un magnífico conocimiento real de la sintomatología. Carmen tenía claro que había galenos con menos intuición médica que la religiosa.

Nada más pasarle a Pablo, le tocó la frente, le movió el cuello e intentó doblarle las rodillas. Tras dejarle suavemente en la cama vacía que había al lado de la suya, se giró hacia la practicante y con un hilo de voz, le confirmó lo peor.

- Creo que sí, que es la polio. Tiene fiebre, ha vomitado, está inconsciente y además ha perdido flexibilidad en la zona cervical y en las extremidades. Voy a avisar a Don Diego para que venga, pero sí, es el mal que nos está destrozando.

- Pero Madre, no podemos seguir así. Llevamos diez casos en el último mes, y de ellos, tres han muerto y los otros están paralizados de cintura para abajo. Hay que hacer algo y con urgencia. De lo contrario, los cuarenta y dos que quedan también van a enfermar.

- Ven conmigo, hija mía. Voy a hacer algo que no debiera, pero te aprecio mucho, bien lo sabes.

Llena de curiosidad, Carmen siguió a la anciana monja, que a pesar de sus más de setenta años, seguía teniendo un paso ágil y vivo. Al rato, vio que se encaminaban al despacho de Don Diego, médico y director del Centro.

- Don Diego, buenos días. Vengo con Carmen. Mire, quiero que le cuente lo que estamos esperando. Es de fiar y además, vamos a hacer que sea ella quien se encargue del tema – comentó Sor Emilia.

- Sentaos las dos, por favor – pidió el veterano doctor – me parece bien tu idea hermana. Verás Carmen, yo coincidí en la facultad con Paolo Lippi, un italiano que vino a hacer la especialidad a España y con el que entablé una amistad que aún perdura. Ese hombre es el director médico de un colegio en Génova, y le he pedido un favor.

Carmen no tenía ni idea de lo que le pretendían comentar, y su curiosidad iba en aumento por momentos, máxime cuando el médico se tomó unos segundos para proseguir su historia.

- Como bien sabes, Italia se ha beneficiado desde hace más de diez años del Plan Marshall de los americanos, de manera que sus niños disponen de alimentación suplementaria en las escuelas y de todos los adelantos médicos traídos de los Estados Unidos. Entre esa ayuda sanitaria, figuran vacunas contra la polio del tipo “Salk”. Son las únicas válidas hasta la fecha, y con un solo vial intravenoso, inmunizan contra el virus.

- ¿No me diga que ha conseguido esas vacunas? – interrumpió sin querer Carmen, llena de ansiedad.

- Sí, hija, sí. Eso es lo que te quería decir. Paolo me ha mandado cincuenta viales, con el ruego de que no le dé la menor difusión al envío, pues le costaría el puesto. Con ellas podremos vacunar a todos los pequeños y aún así nos quedará una pequeña reserva. Son preventivas, es decir, no sirven una vez contagiado, pero evitan la infección a los dos días de su toma.

- Es maravilloso Don Diego, muchas gracias – exclamó Carmen completamente emocionada. Es una pena que no sean curativas, pues podríamos salvar a Pablo que ya está enfermo.

- Vaya por Dios, no lo sabía. Lo siento, voy ahora mismo a examinarlo – se lamentó el médico.

- Bueno Carmen – prosiguió Sor Emilia. Mañana miércoles te vas a acercar a Almería. En el puerto tiene previsto atracar a las once de la mañana el “Trieste”, un carguero italiano en el que va el envío. Lo recoges y te lo traes sin demora. Don Diego, tú y yo misma vacunaremos a todos los niños esa misma noche. Minuto que ganemos, minuto que le ganamos la partida a esa maldita polio.

El viaje a Almería con los autobuses de la Alsina Graells duraba dos horas. Las carreteras eran malas, y se paraba en cada pueblo del recorrido, recogiendo viajeros y mercancías varias. Aunque salió a las siete de la mañana, no llegó al puerto de la capital hasta pasadas las diez.

Nada más acceder al espigón de carga, preguntó a un guarda-muelles que si ya había llegado el “Trieste”. El hombre se metió en las instalaciones de la autoridad portuaria y al cabo de unos minutos, le comentó que por la mala mar llegaba con algo de retraso. Tenía previsto el amarre sobre las cinco de la tarde.

- Bueno, esperaré entonces – dijo con un suspiro la sanitaria.

Carmen notó como al decir aquello, el vigilante la miró con cara de incompreensión, pero no le dio mayor importancia, hasta que volvió acompañado de un desconocido.

- Señorita, buenos días. Me llamo Juan Polo y soy uno de los prácticos del puerto. Me comentan que espera usted a un barco italiano para recoger mercancía. No sé si lo sabrá, pero hoy es Miércoles Santo, y por consiguiente, ese buque no va a entrar en operaciones ya, pues llega tarde. Mañana y pasado no se estiban barcos de bandera extranjera, y el fin de semana se va a dar prioridad a operar al montante previo. No es mi área de trabajo, pero no se moleste en esperar porque no se le va a despachar nada hasta el próximo lunes.

- No es posible ¿Por qué? – quiso saber Carmen.

- Verá usted, es la tradición. Jueves y Viernes Santo no se trabaja en cargar o descargar mercancía de buques que no sean nacionales. Además, hasta el domingo de resurrección la actividad se reduce, y por consiguiente, el fin de semana se trabaja en actualizar los operativos atrasados.

Carmen estaba hundida. En esos casi cinco días, varios pequeños enfermarían por culpa de esa norma. Pensó que iba a intentar lo que fuera. Decidió quedarse en el muelle y esperar la llegada del dichoso “Trieste”.

En efecto, a eso de las cinco y media de la tarde, el buque transalpino atracó en el muelle. Conforme bajó parte de la tripulación, la practicante pidió ver al capitán. Le dijeron que estaba a bordo, pero un marino que se identificó como segundo oficial, le preguntó lo que quería.

- Mire usted, necesito urgentemente una carga que ustedes transportan. Soy sanitaria y es algo vital – rogó la chica.

- Lo siento, señorita, pero sabemos que en los puertos españoles mañana y pasado no hay actividad por la Semana Santa. Por lo visto, las operaciones no las vamos a acometer hasta el domingo por la tarde o el lunes a primera hora.

Disculpe – se excusó el italiano antes de proseguir su camino.

Carmen se sentó en un banco y completamente derrumbada, se puso a llorar.

Francisco Montes era estibador, como lo habían sido antes su padre y su abuelo. Llevaba el puerto en sus venas desde que tenía uso de razón, y se sentía orgulloso de ser capataz de una magnífica colla. Su gente era buena, de la mejor. Pero sobre todo, sus hombres eran solidarios y formaban una piña en la que nadie estaba nunca solo o sin apoyo.

Con sus más de ciento noventa centímetros y su amplio torso, Paco “el Armario” como era conocido por sus compañeros, había sido una persona dichosa, hasta que la desgracia quiso cebarse con lo que más quería.

Cuatro años atrás, María, su mujer, le había dado un precioso niño de más de cuatro kilos y al que, hasta en el llorar, se le adivinaban dotes para el trabajo con cajas, plumas y gabarras.

Con apenas cinco días de vida, Paco lo paseó por los muelles en una preciosa mañana de mayo, siguiendo la tradición de la “arrimá”. Todos los compañeros que trabajaban en el turno, y muchos otros llegados expresamente por la noticia, se acercaron hasta él, para dejarle su aportación entre los pliegues de la mantilla que envolvía al chiquitín. Era el espíritu centenario de los cargadores de muelles que se mostraba en el apoyo total al otro, y en este caso, a la alegría de contar con uno más en la familia del gremio.

Tres años después, Paquito ya era un auténtico diablillo que no paraba en la casa, y el ojito derecho de su padre, al que se le caía la baba con cada sonrisa que le dedicaba el pequeño.

Pero una tarde del pasado junio, al entrar en casa, se encontró a su suegra llorando. Esa mañana, el pequeño amaneció enfermo y María lo llevó al ambulatorio. De ahí se fueron al hospital y aún no habían vuelto.

Cuando llegó al centro sanitario, María no hacía más que repetir “se nos muere”, “se nos muere”, abrazando frenéticamente a Paquito. Estaba completamente ida y no atendía a preguntas ni razones. Desesperado, le preguntó a una enfermera que le pidió que esperara un momento, pues avisaba a un médico.

- ¿Es usted Francisco, el padre del pequeño, verdad?- quiso saber el galeno.

- Sí doctor, ¿qué le pasa? ¿Es algo grave?

- Sí Francisco, muy grave. Los síntomas eran claros, pero la analítica lo ha confirmado. Su hijo está infectado por el poliovirus. Tiene poliomyelitis. Los síntomas indican un estado grave, pues tiene paralizadas las piernas y la zona cervical. Prepárese para cualquier desenlace. Lo siento de veras. Haremos todo lo que esté en nuestra mano.

Paco se sintió como un juguete roto. Cuando dos días después, el pequeño fallecía por la paralización de los músculos respiratorios, pensó que no valía la pena seguir viviendo.

Nunca volvió a ser el mismo, y sólo cogió fuerzas al ver lo destrozada que estaba María y la necesidad de mantenerse firme para ayudarla.

Sus compañeros de colla, todos los estibadores del puerto, se congregaron en el cementerio para decirle adiós a Paquito. Los abrazos, las miradas de aquellos hombres duros y sacrificados, le dieron ánimos para seguir. Y así lo hizo.

Ese miércoles, Paco tenía la tarde libre, pero le gustaba darse un paseo por el muelle sin prisas. Hablaba con algún compañero al que llevara tiempo sin

ver, se concentraba en la mar o simplemente se sentaba a fumarse un cigarro. Era su manera de limpiar la cabeza de tensiones y agobios.

Pasó delante del “Trieste”. Lo conocía perfectamente. Con carga variada, hacía el trayecto Palermo - Génova- Barcelona- Almería- Palermo, y recordaba sus entrañas de memoria. Pero cuando iba a seguir caminando, reparó en una chica joven que en un banco, lloraba sin consuelo, con las manos tapándose los ojos.

Sin dudarlo ni un instante se acercó a la desconocida y le preguntó:

- Perdona señorita ¿por qué llora así? ¿Puedo ayudarla en algo?

Notó como la mujer, con vergüenza, retiraba sus palmas de la cara y secándose las lágrimas, le miraba con fijeza antes de decirle:

- No, nadie me puede ayudar. Necesito una cosa que lleva ese barco y todos me dicen que hasta el lunes no puedo conseguirla – y volvió a sollozar con fuerza.

- Eso es verdad, joven. No sé lo que esperaba, pero Jueves y Viernes Santo son, por tradición, inhábiles para la mercancía marítima. El fin de semana seguro que estará ya saturado. Es así, lo siento.

Pero no llevaría dados más de cuatro pasos, cuando le pareció oír algo que le pareció especialmente sensible. Se detuvo y volvió a percibir la misma expresión en boca de aquella desconocida, esta vez con total nitidez.

- Y los pequeños muriéndose. No hay derecho.

Paco se acercó a la joven y quiso saber el motivo de tal expresión. En el estado en que ya estaba Carmen, poco le importó la reserva prometida. Le explicó la situación de la inclusa, su profesión, y la razón por la que se sentía tan mal. Las horas contaban para la vida de sus niños.

- Usted no puede entender cómo sufren esos pequeños. Si lo supiera, si lo supieran los que me impiden conseguir esas vacunas, moverían cielo y tierra para descargarlas – le espetó Carmen.

Paco sintió como aquellas palabras le dolían en lo más profundo, pero se contuvo comprendiendo la inocencia de la muchacha. Tragó saliva y serenándose le respondió:

- Claro que lo entiendo. No se imagina usted cómo. Mi único hijo murió hace menos de un año por culpa de esa maldita enfermedad.

- Perdóneme, de verdad, no quise hacerle daño – le aseguró la sanitaria, cogiéndole la mano al estibador.

- Lo sé Carmen, lo sé. No se preocupe. Quédese aquí, por favor. Va a ver usted el espíritu de los míos.

Paco fue de inmediato a buscar a la colla del turno, para que avisara a su vez a otros compañeros libres de servicio que pudieran localizar. Seguidamente, se acercó a la autoridad portuaria para activar la operación, y ya de regreso, contactaron con el capitán del “Trieste” que se mostró encantado por la novedad.

No serían ni las siete de la tarde cuando un numeroso grupo de estibadores se afanaba en vaciar eficientemente las bodegas del barco italiano. Funcionaban como una máquina perfecta, con la máxima seguridad y economía de medios, y guiados por la bondad de lo que estaban haciendo. Todos conocían la situación, y mientras trabajaban, se miraban entre sí sonriendo con la satisfacción de quien está haciendo algo realmente bueno.

Convencido por el propio Paco, el representante de la autoridad portuaria libró el paquete en el que figuraba “A la atención del Doctor Diego Fuentes, Director del Orfanato de Vera, Almería, España”, y se lo entregó, bajo recibo, a una Carmen que no creía lo que estaba viendo.

La practicante no sabía ni qué decir, ni cómo darle las gracias a aquel hombretón que había sido su ángel de la guarda. Sólo se le ocurrió decirle con el corazón en la mano:

- Francisco, hoy usted y sus compañeros le han salvado la vida a muchos pequeños de la inclusa. Gracias en nombre de esos inocentes.

- No tiene que darlas, Carmen. Ayudarla, nos ha ayudado también a sentirnos mejores personas. Particularmente a mí, me ha servido para recordar con cariño a mi hijo.

La joven sanitaria empezó a andar hacia la salida del puerto, cuando Paco recordó que a esas horas no había ya autobuses de línea. La alcanzó en unas cuantas zancadas y le preguntó:

- ¿Me puede decir dónde se supone que va a estas horas para llegar a Vera?

- No lo sé, Francisco. Me voy andando hasta la salida de la ciudad hacia el Norte. A ver si con suerte, alguien me para y me voy acercando a la inclusa – respondió la chica llena de determinación.

- De eso nada. Espere un momento.

Carmen vio como Paco hablaba con dos compañeros que aún estaban cerca de la carga recién apilada, y a los pocos minutos, un Seat 600 blanco entraba en el puerto para pararse al lado de Paco. Éste, sonriendo, le hizo con el brazo una señal para que acudiera.

- Amiga, éste es Joaquín, hijo de un compañero. Le va a acercar hasta Vera, de manera que esta misma noche puedan empezar con las vacunaciones.

- Francisco, no tengo palabras. Muchas gracias- y le dio un abrazo lleno de gratitud al estibador.

Conforme la joven se subió al vehículo, Paco le hizo una señal de que bajara la ventanilla, y nada más hacerlo, le dijo:

- Recuérdenos siempre como hoy ha visto que somos, como portadores del sentimiento más firme y solidario que pueda encontrar, el del espíritu del “cargador de muelles”. Cuídese y cuide a esos pequeños.



PRIMER CONCURSO LITERARIO
DE RELATOS CORTOS
ESTIBA PORTUARIA

JURADO

Javier Ruíz Taboada
Miguel Juan Jiménez Rollán
Juan Fernando Pérez Martín